

01

La ilusión de que podemos vivir sin IA

Dr. Gustavo Martin

martingustavo@hum.unrc.edu.ar



DESCARGAR ARTÍCULO 01 · GRATIS

Nota editorial: pieza de opinión y análisis. No se presenta como artículo de investigación sometido a arbitraje científico. La revista aplica revisión editorial, corrección de estilo y control de integridad a esta sección.

Cómo citar este artículo · APA 7.ª edición

Martin, G. (2026). La ilusión de que podemos vivir sin IA. Nueva Ola. Revista Académica y Política, 1(1), artículo 1.

Cuando era pequeña, mi hermana pensaba que los locutores eran hombres pequeñitos que vivían adentro de la radio. Era apenas una niña intentando entender algo completamente nuevo para ella. Y así estamos muchos hoy: como niños tratando de comprender qué es esto de la Inteligencia Artificial, creyendo que se limita a jugar con imágenes y videos hechos con ChatGPT. Mientras tanto, en 1914, la radio comenzaría a cambiar la comunicación en el mundo. No estamos hablando solo de entretenimiento o de un juego tecnológico: estamos hablando de una herramienta de poder.

Cuando apareció el libro —o, más precisamente, la imprenta— pasaron más de cien años hasta que logró aceptarse y convertirse en un objeto cotidiano. Casi todo el mundo miraba con temor ese nuevo artefacto cultural. Y no era para menos. Ese dispositivo sirvió tanto para liberar mentes, al estilo rousseauiano, como para colonizar y evangelizar poblaciones nativas en América Latina. Pero en sus inicios era profundamente rechazado.

Los artesanos del papiro y el pergamino, acostumbrados a fabricar rollos con escritura vertical —que, de hecho, sostuvieron buena parte de la burocracia y del Estado egipcio—, se espantaban ante un objeto que proponía leer de manera horizontal. Los copistas, encargados de reproducir libros uno por uno de forma manuscrita, comenzaron a quedarse sin trabajo. Y ni hablar de los maestros, que desde una mirada casi platónica temían perder su lugar: si el conocimiento ahora estaba contenido en los libros, ¿para qué alguien recurriría a ellos?

En definitiva, ese objeto cultural que hoy llamamos “libro”, tan romantizado y recordado con nostalgia ante un mundo sumamente digital, fue durante mucho tiempo uno de los inventos más resistidos de su época. Incluso, porque venía a poner fin a toda una tradición oral de culturas milenarias, como la india, cuyos elementos de comunidad eran la voz y la memoria.

Pero en fin, lo que intentamos decir es que toda nueva tecnología genera miedo. Y esos miedos por supuesto que son válidos, aunque quizás la palabra más acertada sea “cautela”. También aparecen posturas enfrentadas: optimistas y pesimistas. Pasó con la imprenta, pasó con la

máquina a vapor, pasó con la televisión, pasó con la energía atómica, pasó con internet, pasó con los celulares y pasó con las redes sociales. Y hoy está pasando con la Inteligencia Artificial. Al final, casi siempre terminamos incorporando esas tecnologías y conviviendo con ellas de manera natural, aunque nunca sin excesos, tensiones y consecuencias. Lo que no debemos olvidar, es que la IA es también una nueva fase del capitalismo, con el peso de una revolución tal cual lo fue la fábrica en su momento, la electricidad, etc.

¿Podríamos vivir sin IA?

En Argentina, todavía hay gente que habla de la inteligencia artificial como si fuera una tecnología del futuro. Como si fuese algo opcional, una moda pasajera o simplemente “eso de ChatGPT”. Pero la realidad es bastante más profunda y más incómoda: ya vivimos dentro de una infraestructura algorítmica permanente. Y probablemente no podríamos sostener nuestra vida cotidiana actual si desapareciera de golpe.

Si mañana elimináramos toda la inteligencia artificial de nuestras vidas, no perderíamos solamente asistentes virtuales o imágenes generadas. Perderíamos una enorme red invisible de automatizaciones que sostiene desde el tránsito hasta las compras online, desde los bancos hasta las redes sociales, desde los aeropuertos hasta las universidades.

El problema es que gran parte de esa IA es silenciosa. No se presenta como “inteligencia artificial”. Simplemente funciona detrás de escena.

En Argentina y en el mundo del 2026, eso ya atraviesa prácticamente toda la cotidianeidad. Cada vez que alguien paga con QR y el banco detecta automáticamente una operación sospechosa antes de aprobarla, hay IA. Cada vez que una aplicación de delivery calcula el mejor recorrido para evitar embotellamientos, hay IA. Cada vez que una plataforma te sugiere qué serie mirar, qué música escuchar o qué noticia leer, hay IA.

Incluso quienes dicen “yo no uso inteligencia artificial” probablemente la usan cientos de veces por día sin advertirlo.

Si desapareciera de golpe, la vida cotidiana empezaría a degradarse de formas muy concretas.

WhatsApp seguiría existiendo técnicamente, pero perdería gran parte de sus funciones inteligentes: fin del diccionario predictivo, desaparición del filtrado automático de spam, fin del cifrado extremo y la protección de nuestros mensajes, peores sistemas contra cuentas falsas, traducciones automáticas deficientes, reconocimiento de voz mucho más limitado y herramientas de accesibilidad debilitadas. El correo electrónico se volvería rápidamente inhabitable. Hoy millones de correos basura, estafas, phishing y malware son detenidos automáticamente antes de llegar a la bandeja principal. Sin IA, gran parte de esos filtros colapsaría.

Spotify perdería aquello que realmente lo convirtió en una máquina de retención: las recomendaciones personalizadas. Las listas automáticas, el descubrimiento de artistas y las sugerencias según hábitos desaparecerían. Lo mismo ocurriría con Netflix. Mucha gente cree que Netflix “es un catálogo”. No. El verdadero producto es el algoritmo que decide qué mostrarle a cada usuario/a, qué portada usar, qué series recomendar y en qué momento hacerlo.

Uber tampoco funcionaría como hoy. Los tiempos de espera aumentarían, la asignación de conductores sería más ineficiente, desaparecería la predicción dinámica de demanda y los recorridos serían peores. Lo mismo sucedería con aplicaciones de delivery: más demoras, más errores logísticos y mayores costos.

Google Maps o Waze dejarían de optimizar rutas en tiempo real. Los semáforos inteligentes perderían capacidad de adaptación. Las ciudades sufrirían más congestión.

En los aeropuertos el impacto sería enorme. Sistemas de reconocimiento facial, detección automatizada de equipajes sospechosos, asignación dinámica de puertas de embarque y coordinación logística dejarían de funcionar correctamente. Los tiempos de espera crecerían y aumentaría el margen de error humano.

Las cámaras de videovigilancia urbanas también cambiarían radicalmente. Muchas ya no solo graban: detectan movimientos anómalos, identifican patrones, reconocen rostros y reconstruyen recorridos. Sin IA, gran parte de

esas capacidades desaparecería.

Las redes sociales también perderían funciones que hoy parecen naturales. Instagram dejaría de etiquetar automáticamente personas en fotos. Facebook no podría reconocer rostros ni sugerir contactos. TikTok perdería la capacidad de entender qué contenido retiene más tiempo a cada usuario. YouTube dejaría de recomendar videos con precisión quirúrgica. Incluso los filtros de belleza, los efectos automáticos y las mejoras de imagen desaparecerían o se volverían extremadamente limitados.

La mayoría de los creadores de contenido ya usa inteligencia artificial aunque no lo admita públicamente. Hoy miles de posts, copias de Instagram, hilos de X, discursos políticos, mails comerciales y guiones de videos son redactados o corregidos con ChatGPT u otros sistemas similares. Mucha gente ya no escribe completamente sola: escribe asistida por IA.

En universidades y trabajos ocurre lo mismo. Estudiantes resumen textos con IA, generan ideas de investigación, corrigen redacción o traducen papers. Empresas automatizan atención al cliente, informes, análisis de datos y campañas publicitarias. Hospitales organizan turnos y clasifican urgencias con sistemas inteligentes. Bancos detectan fraudes en tiempo real. Comercios predicen stock y consumo.

Mucha gente podría decir que quizás sería positivo perder parte de esta automatización. Menos manipulación algorítmica, menos dependencia digital, menos plataformas decidiendo qué mirar, escuchar o pensar. Y en parte tendrían razón. Porque los algoritmos no son neutrales. Están diseñados para maximizar atención, permanencia y consumo. Las redes sociales ya no compiten por informar: compiten por capturar tiempo mental.

Pero los algoritmos no solo moldean lo que vemos en redes sociales: también empiezan a decidir cuestiones sensibles de la administración pública y del mundo laboral. Hoy, una app puede seleccionar perfiles laborales a partir de bases de datos cargadas con criterios y sesgos previos. Si una concesionaria de autos contrata personal mediante una plataforma digital, detrás hay una inteligencia artificial que filtra candidatos según las palabras utilizadas en el CV y su compatibilidad con el perfil buscado. Y no solo eso: probablemente priorice hombres si históricamente la empresa contrató

mayoritariamente a ese género. La IA aprende del pasado y, muchas veces, reproduce sus desigualdades. Si el ser humano ya es corrupto, injusto, explotador, la IA reproducirá eso, no es algo que esté inventando ahora. Pero también podemos corregirla para que nos mejore como especie.

En el Estado ocurre algo similar. Un ministerio puede decidir quién recibe un subsidio y quién queda afuera mediante algoritmos que cruzan millones de datos en segundos. Algunos sostienen que bastaría con una persona supervisando esas decisiones para evitar injusticias o discriminación. Pero ahí aparece la verdadera dimensión del problema: un empleado puede revisar 50, 100 o incluso 500 solicitudes. Pero, ¿cómo se administran entonces beneficios, ayudas o políticas públicas para 47 millones de personas? Es imposible hacerlo sin software, sin automatización, sin algoritmos inteligentes. En otras palabras: sin inteligencia artificial.

La discusión, entonces, no pasa por elegir entre usar o no usar IA. Esa etapa ya quedó atrás. El verdadero debate es quién diseña esos algoritmos, con qué criterios, qué valores incorporan y quién controla sus decisiones.

En Argentina esto tiene efectos políticos evidentes. Los algoritmos construyen climas de opinión, radicalizan discusiones y moldean la percepción pública. Mucha gente cree consumir información libremente cuando en realidad consume aquello que un sistema decidió priorizar.

Pero acá aparece la contradicción incómoda: aunque una sociedad menos algorítmica podría devolver parte de nuestra autonomía psicológica, también implicaría costos enormes en tiempo, productividad y dinero.

Muchos podrían responder algo lógico: “si antes vivíamos sin inteligencia artificial, entonces podríamos volver a hacerlo”. Pero esa idea omite una diferencia fundamental: antes la sociedad no estaba estructurada sobre sistemas algorítmicos. Hoy sí. La vida contemporánea funciona suponiendo que existen automatizaciones capaces de filtrar millones de correos basura, detectar fraudes bancarios en segundos, coordinar logística global, recomendar información, optimizar tránsito, administrar datos, moderar redes sociales y procesar volúmenes gigantescos de información en tiempo real. No es que la humanidad “necesite” IA para

existir biológicamente; lo que ocurre es que nuestra organización económica, urbana, financiera y comunicacional actual ya fue rediseñada alrededor de ella.

Pretender eliminar completamente la IA sería parecido a querer volver a un mundo sin aviones, sin videollamadas, sin GPS, sin banca digital, sin pagos QR, sin plataformas de streaming, sin navegación en tiempo real o sin teléfonos inteligentes. Porque todo eso está conectado y no puede existir sin IA. Técnicamente podríamos sobrevivir, igual que también podríamos sobrevivir sin electricidad o sin internet. Pero ya no podríamos sostener la misma velocidad, escala y complejidad de la vida moderna. El problema entonces no es cómo destruir la IA, sino cómo evitar convertirnos en personas completamente dependientes y manipulables dentro de una civilización administrada por algoritmos invisibles.

Sin IA perderíamos horas resolviendo tareas que hoy hacemos en segundos. Buscar información sería más lento. Moverse sería más ineficiente. Comprar sería más caro. La logística empeoraría. Las estafas aumentarían. La burocracia crecería. Internet sería mucho más caótico. Y eso tendría consecuencias económicas reales, especialmente en países frágiles y desorganizados como Argentina.

Por eso, la idea de “volver al mundo de antes” es una fantasía. No existe un regreso posible a una sociedad prealgorítmica sin aceptar también una caída brutal de eficiencia y complejidad operativa. Lo que recuperaríamos sería mucho menor que lo que perderíamos.

La discusión sería entonces no pasa por eliminar la IA. Eso ya es inviable. Hay quienes quieren las comodidades de ahora con un estilo de vida de antes, incluso precapitalista, pero eso es casi imposible. No es tan fácil vivir aislado en un monte pero al mismo tiempo querer tener acceso a internet. O vivir en un país e ir a visitar a un hermano a otro mediante un avión. Las formas actuales de vida, aunque intentemos que sean más ecológicas y “ancestrales”, requieren de tecnologías actuales, que sí, las podemos hacer más sostenibles, pero no eliminarlas.

La discusión pasa por otro lado: cómo convivimos con sistemas algorítmicos sin convertirnos por completo en sujetos moldeados por ellos. Porque una persona puede usar ChatGPT para preguntarle “¿qué debo llevar si me voy de

viaje?”, delegando toda su capacidad crítica y de decisión en una máquina. O puede, en cambio, hacer primero su propia lista y luego preguntarle al chat: “¿qué me está faltando?”. En ese segundo caso, la IA no reemplaza el pensamiento humano, sino que funciona como un asistente que complementa y potencia nuestras capacidades, ayudándonos a optimizar tiempo, información y organización. Son dos enfoques diferentes. No queremos máquinas inteligentes y humanos tontos.

Algo parecido ocurre con las redes sociales y los algoritmos que deciden qué vemos todos los días. A veces, incluso, para romper el algoritmo y evitar quedar atrapados en una burbuja donde solo vemos, escuchamos y consumimos aquello con lo que ya estamos de acuerdo —creyendo que así es el mundo—, hace falta hacer algo tan simple como darle “me gusta” a algo que no nos gusta. No para fingir una opinión, sino para recordarle al sistema que somos más complejos que un patrón de consumo o una acumulación de datos predecibles.

Necesitamos alfabetización digital y algorítmica. Necesitamos entender cómo funcionan las recomendaciones. Cómo se manipula la atención. Cómo se construyen sesgos o prejuicios digitales. Cómo las plataformas estudian comportamiento humano para influir sobre decisiones políticas, culturales y económicas.

Porque la amenaza principal no es que la IA piense por nosotros. La amenaza es que dejemos de pensar críticamente porque delegamos demasiado.

La IA no va a desaparecer. Va a profundizarse, eso no cabe dudas. Las películas de ficción se harán realidad, y no en 100 años, probablemente en 20 o 30.

¿Qué tan nube es la “nube”?

Por último, algo no menor, es la relación entre inteligencia artificial y naturaleza; una relación contradictoria. Por un lado, la IA ya se utiliza para proteger bosques, detectar incendios forestales antes de que se expandan, monitorear deforestación ilegal vía satélite, rastrear especies en peligro, optimizar consumo energético y mejorar sistemas de agricultura de precisión para usar menos agua y agroquímicos. Incluso existen modelos capaces de anticipar inundaciones, sequías y patrones climáticos extremos con mayor precisión.

Pero, al mismo tiempo, esa misma inteligencia artificial puede utilizarse para explotar con mayor eficiencia los recursos naturales, acelerar los procesos neo-extractivistas, aumentar el consumo energético global y profundizar modelos económicos depredatorios.

Además, los grandes centros de datos que sostienen la IA —porque de “nube” no hay nada— consumen enormes cantidades de electricidad y agua. Incluso, requieren el mantenimiento de más de 900 mil kilómetros de cables submarinos por donde circula nuestra información, así como servidores, minerales de tierras raras y complejas infraestructuras tecnológicas, de un secretismo inigualable. Mientras tanto, grandes corporaciones utilizan algoritmos para maximizar la productividad, la extracción y la rentabilidad sobre territorios y ecosistemas.

Es en parte cierto que la tecnología no posee una moral propia: puede servir tanto para proteger un bosque como para devastarlo más rápido. Podemos usar un cuchillo para cortar una manzana o para matar; podemos utilizar la energía atómica para generar electricidad y las propiedades de la radiación para medicina nuclear, o para fabricar armas de destrucción masiva.

El problema es que estas nuevas tecnologías no nacen en un vacío neutral, sino, en gran medida, al servicio de los intereses de grandes corporaciones transnacionales que concentran poder económico, tecnológico y político a una escala inédita, tal como manifiesta la Encíclica Magnífica Humanitas del Papa León XIV.

Empresas privadas controlan hoy infraestructuras críticas de comunicación, almacenamiento de datos, inteligencia artificial y plataformas digitales utilizadas diariamente por miles de millones de personas. En muchos casos, poseen más capacidad tecnológica, más información y mayores recursos que numerosos Estados nacionales.

Por eso, el debate sobre la inteligencia artificial nunca puede reducirse únicamente a una cuestión técnica. Es, ante todo, un debate político, económico, cultural y ético. ¿Quién diseña los algoritmos? ¿Con qué intereses? ¿Quién controla los datos? ¿Quién se beneficia económicamente de esta revolución tecnológica y quién paga sus costos ambientales, laborales y sociales?

También es un problema de soberanía y acceso. América Latina, por ejemplo, depende en gran medida de infraestructuras digitales ubicadas en países centrales. Cuando enviamos un mensaje por WhatsApp entre dos personas que viven en la misma ciudad o incluso en el mismo barrio, es muy probable que esa información viaje primero hacia servidores instalados en Estados Unidos u otros centros globales de datos antes de llegar a destino. Esto ocurre porque no contamos con una infraestructura digital regional suficientemente desarrollada ni con plataformas propias capaces de garantizar autonomía tecnológica.

La llamada “nube” tiene dueños, territorio físico y centros de poder muy concretos. Detrás de cada búsqueda, mensaje o interacción digital existen enormes redes de servidores, cables submarinos, sistemas energéticos y corporaciones que administran el flujo global de información. En ese contexto, la inteligencia artificial no sólo redefine la economía o el trabajo: también redefine las relaciones de poder en el mundo contemporáneo.

Por eso, discutir tecnología implica necesariamente discutir democracia, regulación, soberanía digital, derechos ciudadanos y modelos de desarrollo. La pregunta central no es solamente qué puede hacer la inteligencia artificial, sino quién la controla, para qué fines y bajo qué valores sociales se la utiliza.

La verdadera pregunta ya no es si viviremos con inteligencia artificial. La verdadera pregunta es

si seguiremos siendo capaces de conservar autonomía mental dentro de una civilización gobernada por algoritmos invisibles y empresas hambrientas de poder.

Pero no seamos ingenuos, la IA ya está en nuestras vidas más de lo que creemos. ChatGPT es solo uno de sus tantos tentáculos que buscan hacernos más productivos. Porque si antes nuestros chats entrenaban a la IA, hoy es la IA quien nos entrena para producir más, ya que como dice el dicho, “si algo es gratuito, es porque el producto eres tú”.

YouTube (Taller)

Técnicas Didácticas con Inteligencia Artificial (Prof. Dr. Gustavo Martin)

Spotify (Podcast)

<https://open.spotify.com/episode/3ej7T7XjB9TuO4YM1Ss6dF?si=tijQMqSmRtm9taM9zO1oDg>

Drive (Libro)

<https://drive.google.com/file/d/1H3Hxs6iGxHAU5SnFir8UF7mu3UPkFk3P/view?usp=sharing>

CONTACTO:

revistanuevaola@rinconpolitico.com

Editor Responsable:

Mauricio Travaglia

© 2026 autor/a. Publicado por Nueva Ola · Consultora & Centro de Estudios Rincón Político. Acceso y descarga gratuitos.